

# El Templario y la Lambionia. (Templario. Capítulo I)

Juan Francisco González Cebada



# Capítulo 1

I

Una historia del año 1318.

Ya vencía la tarde hacia el ocaso en el Condado de Valderroble. Los leñadores volvían a sus casas, después de otra dura jornada. No había mejor madera que la de Valderroble en toda la región ni en todo el Reino de Alaricia. Se usaba en la construcción de casas, torres, castillos y templos e, incluso, en la construcción de barcos en los astilleros de la orgullosa ciudad de Castrolavega, al norte. Aquellos barcos eran resistentes como la roca o el acero, al par que ligeros. Y todo el mundo temía a la Armada de Guerra alariciana por aquella razón. Si uno de esos barcos embestía a otro en batalla, podía darse casi por perdido. O, al menos, así había sido en los tiempos de las Cruzadas o los días del primer Imperio del Oeste. La madera de aquellos robles poseía una fama y calidad tales, que empezaron a exportarse a otros países, a bordo de buques mercantes elaborados con esa misma madera. Negocio éste, que daba de comer a miles de bocas, no sólo de Castrolavega o Valderroble, sino de villas y pueblos aledaños. Para el año 1300, Castrolavega ya contaba con nada menos que 8600 habitantes, la mayoría de ellos dedicados a la pesca, al comercio marítimo, la carpintería naval y otros oficios relacionados con aquellos. Y, aquella bonanza, no hacía sino aumentar, pues cada vez se necesitaban más naves armadas y marineros para proteger las rutas comerciales de los piratas o, incluso de los Estados enemigos o rivales, tanto en los tiempos de guerra como en la paz.

Toda la zona norte se había enriquecido debido a ésto. Y todo era gracias a la madera de Valderroble, un hermoso condado al sur de Castrolavega, hacia el interior y a tres días de camino, si se viajaba a caballo. Como su propio nombre indicaba, el condado aparecía envuelto de frondosos bosques de cajigas o carballos, que eran los nombres que le daban los lugareños a las majestuosas plantas que habían traído tanta prosperidad a sus vidas desde los tiempos remotos y a los que adoraban casi con fervor religioso. También había hayas y pinos y otras especies que se usaban para los mismos menesteres.

A través del Condado fluían dos grandes ríos, el Aria y el Bruma. La extensión de éste último era tal que llegaba hasta los confines del Reino vecino de Rodericia, lo que era motivo de no pocas tiranteces. Junto a la orilla del Bruma se había alzado un castro, nombre que los antepasados del Norte daban a sus fortalezas. Apenas había quedado nada de aquella fortificación, por lo que el castillo del Conde se alzaba ahora en su lugar. Sólo el de Castrolavega se había conservado hasta estos días, aunque en un estado muy precario.

A los pies de la imponente fortaleza de Su Ilustrísimo Señor Conde

Roderic se hallaba la Villa de Valderroble, que daba nombre, a su vez, a todo el Condado. La Villa estaba muy bien amurallada y pertrechada. Con esto y con sus graneros podía resistir asedios durante meses. Y aún habría que rendir el castillo, en caso de que se consiguiera abrir brecha en las murallas. Por fuera de éstas, se hallaban los cultivos y algunas casas de agricultores y varios campamentos madereros cerca de los bosques, así como aserraderos y molinos en la orilla del río. Toda la zona bullía de actividad durante el día, pero en cuanto se divisaba el ocaso en el horizonte, todas las gentes se retiraban, empezaban a encenderse antorchas, faroles y velas y las puertas se atrancaban. Las calles quedaban desiertas y había un silencio sepulcral. Al menos había sido así desde hacía tanto tiempo que ni los más ancianos recordaban cuánto. Las razones eran muchas, entre ellas el temor a los arcanos, las bestias, monstruos y otras criaturas de la noche; la obediencia hacia los preceptos de la Iglesia Ortodoxa del Oeste o el simple temor a los bandidos. Ésto era normal en todo el continente. Y más, cuando el Emperador Phillipe decretaba el toque de queda. Sólo los Guardias Imperiales y los soldados podían andar por las calles. Ninguno de aquellos casos pesaba tanto como el de un antiguo mal que atenazaba a Valderroble desde tiempos remotos. ¿Sería aquél el motivo de la presencia de un caballero de negra armadura que se iba aproximando a las puertas de la Villa?

Dos soldados montaban guardia en la puerta Oeste de la Villa. Encima de ellos, en lo alto de la imponente puerta de piedra, había otros tres que los cubrían. Todos veían llegar aquella negra figura a caballo, éste también negro y muy robusto, un corcel de guerra. A la espalda del caballero negro, el ocaso. Lo contemplaban con sentimientos de alerta y de extraña fascinación. Era un Caballero del Templo del Gran Creador. Sólo dos Órdenes de Caballería usaban armaduras como aquellas, la de la Rose Noire y la del Templo. La de la Orden del Dragón también era oscura, pero tenía tonos verdosos. Hacía veinte años, los Templarios fueron acusados de herejes y cayeron en desgracia. El Gran Patriarca de la Iglesia del Oeste les recriminó que no incluyeran el celibato entre los preceptos de su orden y les acusó de tener tratos carnales con bestias, arcanos y relictos; de sodomía, idolatría, y usura desmedida, entre muchos otros pecados y delitos graves. Cuando volvieron de la Última Cruzada contra la Destrucción en las tierras del Sur, el Gran Maestre y sus lugartenientes fueron apresados y ejecutados, al igual que muchos de sus miembros. Después, la orden fue disuelta. El Emperador intervino a tiempo para salvar a muchos de ellos y emplearlos como mercenarios, librando toda clase de batallas contra humanos o contra arcanos y otras abominaciones, a fin de que expiaran sus pecados. Muchos, entre ellos el Gran Patriarca, se oponían alegando, entre otras cosas, que lo que El Emperador pretendía era servirse de una fuerza de élite en sus campañas militares, así como hacer uso de los muchos conocimientos prohibidos que estos caballeros custodiaban y de financiar sus guerras con los tesoros que ocultaban los herejes. El Emperador Phillipe amenazó entonces con retirar su protección a la Iglesia y dejarla a su suerte frente a las Fuerzas de la

Destrucción, cuando volvieran a alzarse, o frente a los ataques de otras religiones rivales u otros Estados que quisieran invadir el territorio de Constantina, sede de la Iglesia. Muchos gobernantes secundaron al Emperador en aquella ocasión y tanto el Gran Patriarca como los Grandes Zelotes se vieron obligados a ceder redactando una bula según la cual, todos los Caballeros del Templo del Gran Creador alcanzarían el Perdón si dedicaban sus vidas a luchar contra el mal y la destrucción en todas sus formas. Sin embargo, tendrían prohibido restaurar su orden o transmitir sus enseñanzas, bajo pena de muerte.

Los guardias de la puerta miraban tensos la figura negra. A medida que se iba acercando, se fijaron si en la brigantina lucía algún distintivo, tal vez esperando hallar una rosa negra allí tallada. No había distintivo alguno. Los Templarios, desde su fundación, consideraban la representación de imágenes algo ofensivo y herético. Ellos se creían indignos de representar su orden y su culto con imágenes terrenales. Anhelando alcanzar la Gloria del Infinito junto al Gran Creador, el primer Gran Maestro se lanzó a la batalla ataviado con una túnica negra y, antes de fenecer por sus heridas, proclamó que la Gloria y Sabiduría del Infinito se presentaba ante él como un abismo negro y eterno y obligó a todos sus caballeros a vestirse con tabardos, brigantinas y túnicas negras sobre sus armaduras. Más tarde, los armeros de la Orden comenzaron a hacer aleaciones de acero con tridiamantina, con lo que las piezas de las armaduras se volvieron completamente negras. Los Templarios eran guerreros formidables. Ésto, junto a sus impresionantes armaduras oscuras, casi todas ellas de placas, les daba un aspecto temible y daba pie a grandes y legendarias historias y anécdotas sobre ellos.

Pero lo que más temían los enemigos de los Templarios eran sus ojos rojos de rubí. Todos los Caballeros Templarios tenían los ojos de color rojo como la sangre. Ello era debido a que, desde su Iniciación, la cual ocurría desde la más tierna infancia, a los futuros caballeros se les inyectaban psicotrópicos y un variado y desconocido catálogo de drogas, pociones y venenos, todos ellos mezclados con rubirita, un extraño mineral de color rojo, que tiene muchos usos. Estas mezclas, hacían que cada niño desarrollara al límite sus capacidades físicas o intelectuales, al par que agudizaba sus sentidos. Había quien contaba, incluso, que a los niños los volvían locos, pues no sólo les inyectaban aquellas mezquindades, sino que su entrenamiento y estudio eran brutales. Los caballeros no mostraban piedad alguna, ya fuesen niños o niñas, pues también hubo mujeres en las filas Templarias, como la famosa Johanna de Normont. Y otras muchas.

El desconocido caballero negro bajó de su montura casi al llegar a la puerta y tomó a aquel colosal corcel por las riendas. Fue aproximándose a los guardias con paso lento, pero firme. Parecía bambolearse al andar en demasía o que cojeaba de la pierna izquierda. Sus armas resonaban, al par que sus espuelas, en una sinfonía de aceros marcial y amenazante. Se

detuvo en la puerta y echó mano a las alforjas del caballo. De allí sacó un papel y se acercó aún más a uno de los guardias, en actitud de querer mostrárselo.

- Vuestro Conde envió esta carta al Emperador, solicitando ayuda de un caballero contra un mal que os atenaza. Me han enviado tan pronto como la hemos recibido.-

Era una voz grave, profunda y seductora, más propia de un erudito o de un bardo que de un Templario. Parecía tener un ligero acento, bien del Ducado de Turmfelt, Volgberg o alguno de los Principados Imperiales, mas la dicción le sonaba al guardia como si aquel extranjero no fuera tal en estas tierras.

El guardia cogió el documento que se le mostraba. No sabía leer, pero no era estúpido. Distinguió en el acto el blasón y la firma de su Señor y rápidamente cayó en la cuenta de lo que era aquello.

- Id a la Casa Consistorial y hablad con el Merino. Él fue quien redactó este documento y os conducirá hasta Nuestro Señor el Conde, Señor Caballero- respondió el guardia, haciendo un ademán para que sus compañeros abriesen la puerta.

El Templario asintió con la cabeza y cruzó las puertas. Otro guardia escupió al suelo cuando el caballero pasó por su lado y se persignó. La figura negra se detuvo en seco y clavó una mirada escarlata en cada uno de los guardias. El del escupitajo trazó una media sonrisa en el rostro con ademán desafiante, mas parecía estar algo tenso y daba muestras de no tenerlas todas consigo. Tras unos segundos que parecieron perpetuarse por siglos, el caballero, tomando de las riendas a aquel magnífico corcel negro, siguió su camino y se adentró en la Villa de Valderroble.

No fue la primera parada que hizo en la Casa Consistorial, ni mucho menos, la del Caballero Templario. A medida que iba andando por las calles de la Villa, en dirección a la Casa Consistorial, iba observando cada recodo del camino, cada calle y casa, con una mirada inquisidora de color rojo sangre. Se detuvo frente a la Posada de los Trasgos Traviesos y, en viéndola a rebosar de gente, torció el gesto y condujo su mirada a un ventorro que se hallaba un poco más hacia el final de la calle. Decidió ir a aquel lugar, para comer y beber algo y alguna otra cosa que hubiere menester, pues de todos es sabido que los Templarios tienen un apetito sexual muy poderoso y gustan mucho de yacer con mujeres.

Cuando llegó a la puerta de aquel ventorrillo desvencijado, ató las riendas de su montura a un madero que al lado de un pesebre se hallaba y, dándole unas palmadas en el lomo, pareció dibujar una media sonrisa sardónica en el rostro, muy pálido, de barba oscura con hebras plateadas y, echando mano de unos sacos con dineros que traía en las alforjas, se

adentró en aquel antro.

Más parecía un establo que otra cosa el ventorrillo. Una luz trémula iluminaba una estancia tosca, toda de maderas desvencijadas, en la cual se hallaban unas pocas mesas y bancos tan toscos y desvencijados como todo en aquel antro. Hasta los parroquianos que allí se hallaban, bebiendo hidromiel, vinos y aguardientes con exasperante parsimonia, parecían toscos y desvencijados también. El Templario le echó una mirada al ventero. La misma tosquedad y parsimonia. Hasta los ratones, que correteaban por encima del queso y los chorizos, iban con paso lento y cansino, dando pequeños mordiscos a aquellos manjares.

Todas las miradas se volvieron en dirección al forastero que acababa de traspasar el umbral de la puerta. Al principio lo miraban con curiosidad y asombro y, en un punto, algunas de aquellas miradas se tornaron unas en miradas de desprecio y odio, otras de temor y alguna poca, de admiración. Todos supieron, en un momento, quién era aquel extranjero y a qué había venido. Éste, a su vez, miró a cada uno de los que allí estaban y parecía como si, aquellos ojos rojos, penetrasen en las mentes y corazones, robando hasta el último y más oscuro y profundo secreto o pensamiento de todos ellos. Se hizo el silencio y, poco a poco, cada cual pareció volver a su parsimonioso quehacer. Sin embargo, ahora había un murmullo y cuchicheos en el ambiente. Y, el tema de aquel murmullo, no era otra cosa más que la presencia del caballero negro.

El Templario se acercó con su extraña cojera y el sonido de sus aceros a donde se hallaba el ventero. Aquél lo comenzó a mirar nervioso, mientras hacía como que limpiaba las jarras de manera inconsciente. Dio un puntapié tras de sí, donde tenía los quesos, chorizos, panes, cebollas, ajos y otras cosas y tres ratones salieron corriendo de encima de todo ello, subieron por la pared dando zapatetas en el aire y se metieron en un agujero, justo donde comenzaban las vigas del techo.

- ¿Qué ponemos?- dijo el ventero.

- Cerveza. Rubia. Y, además, podríais darme un poco de esos quesos y pan que ahí tenéis a merced de los ratones. Más tarde, si os place y si, lo hacéis bien presto y bien callando, podríais procurarme una moza de buen ver y un sitio donde refocilarme y dormir con ella, pues ha mucho que estoy de viaje por venir a esta vuestra villa. Por todo ello, tendréis treinta y cinco escudos, mas habéis de hacerlo con presteza y bien callando, como os he dicho.-

Al oír esto, al ventero, que era ruin y ladrón como él solo y le placían más los dineros que otra cosa, a punto estuvo de caérsele la jarra que estaba limpiando de las manos, pues ya sentía la necesidad de aquella plata que el caballero le ofrecía y, hasta estaba pensando en darle a su hija o a su madre o su esposa, si aún vivieran, o a la mismísima condesa de

añadidura para que se divirtiese con una de ellas, o con todas, si fuera menester.

- Así se hará, como desee vuestra merced.- dijo, mientras vertía una cerveza en aquella misma jarra limpia.

No había el ventero terminado de cortar el pan y el queso, cuando el caballero había apurado la jarra de cerveza hasta las heces, de tres o cuatro tragos. Sin que se lo ordenara, le volvió a llenar la jarra y dejó el plato con los yantares junto a ella. El Templario comió con la misma avidez con la que se había bebido la primera jarra de cerveza. Parecía que hubiese estado varios días en el camino sin llevarse nada a la boca. Se escandalizó el ventero al pensar qué no haría entonces con la moza que pedía. Los ojos rojos lo miraron un instante y más roja se tornó la cara del ventero, pues daba la impresión como si por un instante, el caballero negro hubiese adivinado lo que pensaba.

Cuando hubo terminado de comer y beber, el caballero arrojó quince escudos reales de plata en el mostrador, se dio la vuelta y, volviendo a mirar a todos y en todas direcciones y, sin mediar palabra, salió por la puerta del ventorrillo, en dirección a la Casa Consistorial.

Para llegar a la Casa Consistorial, el Caballero Templario anduvo hacia la derecha, nada más salir del ventorrillo desvencijado en el que había comido y bebido y tuvo que andar luego todo recto en dirección a la plaza de la Villa. Allí se hallaban la horca y la picota, donde pudo observar a cuatro bandidos, tres hombres y una mujer, quienes colgaban de las sogas. Mientras que en la picota tenían a un campesino, el cual habría sido castigado quién sabe por qué clase de falta y el cual tenía el rostro y las ropas cubiertas de restos de huevos y frutos podridos.

En torno a la plaza se alzaban algunas viviendas de patricios, una Iglesia y, justo en medio, la Casa Consistorial. El Caballero se encaminó hacia las grandes puertas de madera que daban acceso al edificio y, asiendo una de las aldabas decoradas con forma de rostro de gárgola, llamó con fuerza tres veces. Un rostro asomó por una rendija. No era el del Merino, sino un soldado que allí se hallaba montando guardia. Casi en un acto reflejo y ante la perplejidad de aquel rostro, el Templario mostró de nuevo el documento con el blasón del Conde de Valderroble, por lo que el que se asomaba sólo podía ver delante de sus narices la carta aferrada por un guantelete de color negro.

Al parecer aquel soldado sí que sabía leer, pues se quedó un rato largo mirando aquello o tratando de escudriñar la figura armada que había tras de aquel papel, hasta que finalmente dijo:

-Al fin habéis llegado. Ahora os abriré la puerta.-

Los goznes de hierro chirriaron y crujieron al abrirse las puertas y tanto el soldado de guardia como el Templario pudieron verse de arriba abajo. El soldado iba ataviado con un gambesón rojo, pantalones, botas y guantes de cuero y un bacinete en la cabeza. Parecía algo esmirriado, pero se le notaba una buena agilidad y fuerza nervuda, pues parecía tener unos músculos bien definidos, pese al escaso volumen de los mismos. Se quedó un rato mirando al caballero de negra armadura de placas y llamó su atención que no llevase puesto un yelmo para protegerse la cabeza, pero sí una brigantina también negra sobre el peto y espaldar. Al mirar a su rostro blanco, rematado por unos ojos escarlata se sobresaltó y, acto seguido preguntó con un tono de extraña fascinación:

-Vos sois un Caballero Templario, ¿verdad? Sin duda que al fin podremos librarnos de nuestro mal para siempre.-

-Eso depende, muchacho. – respondió el caballero negro.- Depende de si me vais a pagar y cuánto y de si consigo averiguar qué clase de mal es ése y acabar con él. O si bien es el dicho mal quien acaba conmigo.-

Tras decir estas palabras, el soldado condujo al caballero por unas escaleras de madera que conducían desde un pequeño patio interior hacia las estancias donde se hallaba el Merino. Llamó tres veces a una puerta con los nudillos enguantados y, al cabo de unos segundos, abrió la misma y ambos entraron.

La estancia era amplia y estaba bien iluminada con la luz de unos candelabros. Era toda de piedra con madera de roble en el techo y el suelo. A través de las ventanas se podía ver que ya hacía rato que había anochecido. En todas las paredes, excepto una, la cual tenía un grabado del Conde, había estanterías y gavetas repletas de libros y documentos oficiales. Y, en el centro de la estancia, había un bargueño, en cuya superficie se hallaba un tintero, varias plumas, papeles desperdigados y un sello de lacre. En el lugar más alejado de la entrada había un modesto catre en el cual el Merino se hallaba tumbado. No estaba dormido, pero se había quitado las botas.

-Adelante, caballeros. Sólo estaba descansando la vista y la espalda.- dijo, mientras se levantaba penosamente.

Era un hombre que ya llegaba a la cincuentena, calvo y rollizo. Vestía un elegante jubón negro de terciopelo y caminaba arrastrando los pies. Ni siquiera se calzó las botas. Se acercó hacia donde se hallaba el misterioso caballero de armadura negra de placas, sin yelmo, quien llevaba una espada de mano y media a su espalda. Miró a aquellos ojos escarlata y no

pareció conmoverse en absoluto. El Merino era un hombre valiente que había luchado en muchas batallas hombro con hombro con el Conde Roderic.

-Vos debéis ser el guerrero Templario a quien llamamos, sin duda.- dijo.  
- Mi nombre es Martin de Peñadura. Soy el Merino de esta Villa y Condado, escriba y fiel vasallo de Nuestro Ilustrísimo Señor Conde y del Emperador.

-Eberhard de Turmfelt.- se presentó el Templario.

-He oído contar muchas historias sobre vos.- respondió el Merino- Mas ya habrá tiempo de conocerse aún más, si es que tenemos la ocasión, pues quiero ser breve; ya que deseo irme ya a dormir y pronto llegará la medianoche. Aunque en Valderroble, ningún ánima viva es capaz de conciliar el sueño en ninguna noche, desde hace cuatro largos años.-

-¿Qué mal es el que os aflige? ¿Espectros, dragones, musgosos, tragos, brujas quizá? ¿O bandidos, simplemente? El documento no decía nada al respecto. Mas ya véis que he venido tan presto como recibí la orden.-

-Nada de todo éso, caballero. En Valderroble nos acecha un mal ancestral que se alimenta de la sangre y la carne de los desprevenidos a quienes captura por la noche. Se trata de una lamia. Una lamia, como se les llama en otras partes del mundo. Vuestra misión es simple. Partid al bosque esta misma noche, buscad su guarida y traednos su cabeza. Por ello os daremos cuatrocientos escudos de plata.-

-Una muy buena oferta por una lamia común.- dijo el Templario, frunciendo el ceño.

-Ya veréis que ésta no es nada común, caballero. Pero vuestros superiores afirman que vos tampoco lo sois. Partid ya, sin más demora, os lo ruego, pues estoy cansado.

Y así, Eberhard de Turmfelt, uno de los últimos Templarios vivos salió de la Casa Consistorial de Valderroble, silbó a su caballo y se encaminó a la puerta por la que había entrado, dispuesto a adentrarse en los bosques

para enfrentarse a aquella criatura maligna.

## II

Eberhard salió por la puerta Oeste de Valderroble, a lomos de su imponente corcel negro, llevándolo por las riendas; a un paso lento, aunque firme, como si ambos estuvieran en una parada militar. Tras de ellos quedó la puerta atrancada y bien guarnecida por los soldados que montaban guardia. No se veía alma alguna en los campos ni alrededor de los edificios de extramuros. Quizá algún rostro se asomaba a una ventana, por contemplar al que osaba cabalgar por ahí a esa hora de la noche. Ya se acercaba la medianoche y el mal despertaría. Las gentes trataban de conciliar el sueño, rezando porque no ocurriese ningún mal en su casa o la del vecino.

El Templario tomó la misma senda por la que había llegado para ir hasta el bosque, pero en lugar de adentrarse en el mismo, se encaminó hacia un viejo pajar, el cuál se hallaba en el margen derecho del río y que era el último edificio de cuantos allí había. Y allí se detuvo y entró con su caballo. Desmontó, acarició las crines del animal y éste se puso a comer, mientras que él, simplemente, permanecía en las puertas de pie, acechando a las sombras, meditabundo.

-Ni tan siquiera tengo por dónde empezar. Ni un rastro. Ni víctima que poder examinar. Nada. Tal vez deba montar guardia y esperar a que la lambiona ataque de nuevo.- hablaba consigo mismo.

Y así permaneció largo rato. De pie y en silencio. Silencio sólo interrumpido por su anterior soliloquio y el instante en que desenvainó su espada bastarda, siempre lustrosa y bien templada, presta al combate. Las espadas templarias no eran armas comunes. Bien fueran espadas, hachas, lanzas o mazas, cada arma de aquellas surgía a raíz de un complejo sistema de fabricación y temple. Usaban el hierro más puro que podían encontrar, el cual fundían y volvían a refinar para mezclarlo con carbón, tridiamantina, rubirita y algún otro metal que les pudiera servir para hacer unos aceros tan duros, pero a la vez maleables. El trabajo en una fragua templaria era agotador y asfixiante y Eberhard lo conocía bien. Pues desde niño, tras ser iniciado, estuvo trabajando en una como ayudante de herrero, mientras que, cada tarde debía dedicarla a los estudios y a la esgrima o la equitación. Cuán estrictos habían sido con él sus maestros, especialmente con él y otros niños rebeldes. Mas, en situaciones como la que había de afrontar ahora, sentíase agradecido.

Todo parecía hallarse tranquilo al filo de la medianoche. No se veía a nadie por ningún lado, salvo unos cuantos guardias de la ciudad y cuatro Guardias Imperiales que hacían la ronda, sin separarse mucho los unos de los otros. Todos llevaban antorchas encendidas, para iluminar el camino por el que iban transitando y por evitar ser confundidos con bandidos o atacantes. Desde su posición, Eberhard podía ver su monótono itinerario de patrulla y, en cierto punto, reparó en que pasaban junto a una pequeña capilla, tras de la cual se hallaba un cementerio. Volvió a envainar la espada, que hasta entonces tenía preparada para el combate. Se fijó más detenidamente de manera instintiva y vio un carro de mano, junto a un pequeño edificio del cementerio. Aquél debía ser el depósito de cadáveres, donde se guardaban o, más bien, se dejaban pudrir hasta enterrarlos. Tuvo la idea de que si el monstruo había atacado recientemente, probablemente su última o últimas víctimas se hallasen allí, quizá sin enterrar todavía.

No lo dudó un instante y se encaminó andando hacia el pequeño edificio al lado del cementerio. De camino hacia allí los guardias alertados le recriminaron que no deambulara sin luz por las afueras ni por la Villa en las noches y le dieron una antorcha. Él ni se inmutó. Cogió la antorcha y siguió su camino. Al menos tendría más luz, para lo que se proponía hacer. Finalmente llegó al recinto de la capilla y el cementerio.

La capilla era un edificio pequeño de piedra, con planta basilical, de Arte Constantínico, ya desfasado. Tenía un gran portalón de madera en forma de arco de medio punto, el cual estaba rematado por dos pares de finas impostas. Sobre ellas, habían tallado imágenes de santos y demonios por igual, haciendo un friso. Eberhard empujó las dobles puertas de madera, por ver si podía entrar a la capilla, pero ambas estaban atrancadas.

Rodeó el edificio por su margen izquierdo, llegando al depósito, a las puertas del cual se hallaba el carro vacío. Lo miró detenidamente y vio algunas manchas de sangre seca y otras más recientes. Podrían ser una pista. Intentó abrir la puerta de madera del depósito, pero estaba cerrada con llave. El olor a cadaverina se filtraba entre las hendiduras y a Eberhard se le hacía insoportable, por muy acostumbrado que estuviese al mismo. Por dentro se oían moscas zumbando. Habría derribado la puerta sin titubear, pero tal escándalo frustraría todo el plan que tenía en mente. Vio que se acercaban los guardias de nuevo y aún con su rara cojera y su armadura de placas corrió hacia ellos.

-Rápido. Necesito que me deis las llaves del depósito de cadáveres.- les dijo.

-¡Recojones! ¿Para qué querríais vos entrar ahí? ¿¡Y a esta hora de la

noche!?- clamó un guardia.

-Tendríamos que despertar al enterrador, que tiene la llave.- dijo otro.

-Pues hacedlo. Traedme presto la llave, pues es vital para que pueda investigar un rastro. Y no me molestéis cuando lo esté haciendo.- les dijo Eberhard con voz calmada.

Uno de los soldados corrió hacia una pequeña choza que estaba no muy lejos de allí. Tras un buen rato en el que se le oyó discutir airadamente con alguien, regresó con la llave. Se la mostró al Templario y éste casi se la arrancó de la mano sin decir palabra alguna. Ambos guardias se encogieron de hombros y prosiguieron su patrulla, mientras Eberhard volvía hacia el depósito.

Abrió la cerradura con la llave y giró el picaporte. Acto seguido empujó la puerta hasta abrirla de par en par. Salió una vaharada de olor a carne en descomposición que casi le hizo tambalearse. Era un hedor insoportable. Allí había unos once cadáveres recientes y otros no tanto, desnudos algunos y otros cubiertos con sábanas. Todo estaba lleno de moscas. Era algo nauseabundo. A Eberhard le recordó el campo de batalla, uno de tantos en los que había estado. Pero a ese olor nunca se acostumbra uno y lo acompaña siempre.

Alzó la mano en la que traía la antorcha, por ver mejor el espectáculo en su conjunto, pues no había luz alguna en aquella cámara mortuoria. Con su mirada escarlata fue escrutando cada cuerpo y bulto uno por uno. Cerró la puerta, dejando una pequeña rendija por la cual se ventilase aquello y se acercó al primer cuerpo por la izquierda para examinarlo. Era de un anciano y estaba ya bien podrido. Había gusanos que salían por los orificios nasales y la boca abierta. Eberhard torció el gesto y examinó el segundo que era de un hombre fornido, no tan podrido como el anterior, aunque no tardarían en estarlo todos si no se les daba ya sepultura. Tampoco encontró lo que andaba buscando. El tercero ya fue algo distinto. Era un hombre joven y en su cuello vio unas extrañas marcas de dientes. Al fin encontró lo que buscaba. El cuarto cadáver era de una mujer también joven y ésta también presentaba las mismas marcas en el cuello. Ésas eran las pistas que buscaba. Eberhard supuso que el enterrador no había reparado en ellas, pues bien se veía, por cómo tenía todo aquello que era un ignorante y poltrón, al que le daba igual todo. Además, aunque el enterrador hubiese tenido algún conocimiento de la anatomía humana, la Iglesia Ortodoxa prohibía la disección y el estudio de los cadáveres, con lo que aquellas pistas pasaron desapercibidas no sólo para el enterrador, sino para toda la Villa de Valderroble.

Eberhard sacó una afilada daga de su cinturón e hizo sendos cortes en ambos cuerpos, con lo que se cercioró de que les habían drenado toda la sangre.

-Ya tengo el cebo y las pistas.- se dijo.

Sin dudarle ni un instante, Eberhard cargó ambos cuerpos en el carro que había fuera del depósito, llevándolos uno por uno. Primero al hombre y luego a la mujer. Los lanzó en el carro como si fuesen sacos de grano y éstos resonaron con un ruido seco. Después colocó su antorcha en una brida a un lateral del carro, lo agarró de ambas asideras y se fue al límite de la aldea con su cargamento, junto a la linde del bosque. Allí dejó el carro y se situó en pie junto al mismo, en actitud marcial, aunque con ambos brazos cruzados, el izquierdo sobre el derecho. Confiaba en que el olor de los cuerpos y el suyo propio atrajesen al monstruo, no sólo para que acabase de alimentarse de aquéllos, sino también de sí mismo.

Los guardias, que habían visto todo aquello, no osaron decir palabra. Simplemente contemplaban el espectáculo con una mezcla de horror, fascinación y curiosidad. Vieron al Templario alejarse hacia la linde del bosque, con un carro en el que transportaba dos cadáveres. No osaron seguirlo ni molestarlo.

En el bosque, Eberhard de pronto, sacó nuevamente su espada de la vaina. La hoja refulgió en la oscuridad. Del cinturón extrajo un veneno que olía a ajo y verbena. Y quién sabe qué mezquindades más contendría. Bebió un poco, intentando esforzarse por no vomitarlo, tras un par de erutaciones. Acto seguido, con un paño blanco de lino, untó la hoja de su espada con aquel mismo veneno. Y esperó. Ya había pasado la medianoche hace tiempo, pero esperó por largo rato.

Tras lo que fue un largo tiempo, oyó tras de sí el crujir de las ramas y la hojarasca. Pisadas de alguna clase de criatura. La antorcha se estaba apagando y el viento comenzaba a soplar con mayor fuerza. Éso le dio igual. En la oscuridad, los templarios podían adivinar formas para orientarse, pero también debían ayudarse del oído o el olfato para ello. Esperó inmóvil a que aquello se fuese acercando y se abalanzase sobre él.

Finalmente escuchó un gañido y notó el aliento de algo en su nuca. Rápidamente dio un giro sobre sí, al par que asestaba un fiero tajo con su espada, mas no consiguió alcanzar a nada. Lo que fuese aquello, esquivó el tajo de un salto. Maldijo en voz alta, mientras adoptaba una posición en guardia con su espada en alto. Trazaba círculos, mientras mantenía la guardia y miraba en todas direcciones. De pronto, vio a la lambiona abalanzarse sobre él. La antorcha se apagó. El monstruo venía de frente.

Eberhard lanzó una estocada y acertó a algo, pero recibió un zarpazo en el hombro. Saltaron chispas de su hombrera derecha y por poco le acertó en la yugular.

Ahora debía usar todos los sentidos. Totalmente a oscuras como estaba. Hubo otros dos o tres ataques de las garras del monstruo. Uno rasgó la brigantina de cuero, los otros dos le alcanzaron en la frente y la barbilla. Vio destellos que lo desconcertaron y comenzó a sangrar. Tuvo que recuperar la compostura rápidamente. Esquivó hacia un lado y adoptó su posición de guardia, esta vez con la hoja en paralelo a su cuerpo. Concentró su vista, oído y olfato. Veía la silueta de la bestia ante él, moviéndose de un lado para el otro trabajosamente. Al parecer, la estocada anterior la había herido. Los rastros de sangre le permitieron a Eberhard ver mejor, pues sus ojos escarlata detectaban ese color en cualquier situación.

La lambiona atacó de nuevo. Eberhard lanzó un tajo y uno de los brazos de la criatura se desprendió cercenado y fue a parar al suelo. Olía a sangre, a acero, ajo, verbena y cadáveres... Eberhard tuvo que centrarse en la sangre y usar su vista y oído. Entonces, la bestia furiosa saltó sobre él y lo derribó, mordiéndole en el cuello. Se le cayó la espada de las manos. El Templario se defendió a puñadas, hasta que reparó en la daga de su cinturón, clavándosela a la bestia en un costado. Hubo un chillido horripilante de dolor que retumbó en el bosque y llegó hasta la aldea, donde reinaba el pánico. Algunos aldeanos hasta salieron aterrorizados, pero curiosos de sus casas al comenzar a escuchar tales ruidos en esas horas de la noche.

La lambiona se levantó dolorida y renqueante, pugnando por sacarse la daga del costado y con un horrible sabor en la boca. Se sentía cada vez más débil. Entonces Eberhard, en rápidos movimientos, recuperó su espada y se levantó del suelo, primero rodando y luego apoyándose sobre la rodilla de su pierna izquierda. Recuperó la guardia frente al monstruo que chilló de rabia y dolor. Un último tajo y su cabeza se separó de su cuerpo. Salió despedida y fue a parar junto a una rueda del carro. El cuerpo efectuó unos movimientos espasmódicos, como una gallina descabezada y finalmente se desplomó en tierra.

Eberhard sudaba, sangraba y jadeaba. Se tambaleó y cayó derribado por el agotamiento una vez más. A punto estuvo de perder el sentido. Vomitó y se volvió a levantar penosamente. Con un último acopio de fuerzas cargó el cuerpo de la lambiona en el carro. Después asió la horrible cabeza por los pelos enmarañados y la echó al carro también. Y, con otro cadáver más en el carro, partió de nuevo hacia la Villa de Valderroble.

Cuando el Templario salió del bosque con aquel carro cargado de cadáveres, sangrando y sudoroso, la multitud de guardias y campesinos que se hallaban en los límites de la Villa congregados y expectantes se

quedaron paralizados la gran mayoría. Todos intentaban ver quién era la figura que se acercaba con el carro. Todos tenían la esperanza de que fuese el Templario. Pero ¿y si era el monstruo? Un guardia decidió ir acercándose, seguido del resto, por ver si en verdad era él, iluminando con sus antorchas y allí lo vieron acercarse.

-A éstos. – dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia el carro.- Y a los que hay en el depósito habría que sepultarlos cuanto antes. Eso no es un depósito, sino un nido de moscas y enfermedades.-

Los guardias lo miraban boquiabiertos. Y estaban horrorizados al ver el aspecto de la vil criatura de la que se habían librado. Vieron un cuerpo sin cabeza. Era como de una mujer vieja y decrepita, con la piel grisácea y entre verdosa. Y además, cubierta de pelos. Era más alta que una mujer normal. Le faltaba un brazo y la cabeza. El horror al contemplar la cabeza, que reposaba sobre el pecho caído de la criatura, fue casi indescriptible. Era de una fealdad horrible, de color gris verdoso y arrugado, los pelos enmarañados, negros, como los del cuerpo. Las orejas puntiagudas. Los ojos estaban abiertos y eran de un color amarillo como el ámbar. Una nariz aguileña llegaba hasta una boca abierta de grises labios, con dientes afilados y lengua bífida.

-Me quedaré con la cabeza, para cobrar la recompensa y como trofeo.- dijo el Templario. –El resto enterradlo o quemadlo.

Dicho lo cual, volvió a asir la cabeza de los enmarañados cabellos y se la colgó del cinturón. Extrajo su daga del costado de aquel cuerpo deforme y también se la llevó al cinto. Silbó a su caballo y se encaminó a medio galope a la puerta del Oeste, con el propósito de volver a la Casa Consistorial y cobrar su recompensa de inmediato. Así lo hizo y el Merino, de muy mala gana, se despertó de nuevo y le pagó cuatrocientos escudos de plata contantes y sonantes en un saco de cuero marrón.

Tras esto, el Templario volvió al ventorrillo desvencijado donde había comido y bebido. Pagó la habitación y los otros yantares que el ventero le había prometido y subió por unas escaleras a una pequeña habitación donde había un pequeño catre y un baúl donde guardar cosas. Sobre el catre encontró a una moza rubia, algo rolliza, tumbada, medio desnuda.

-¿Y bien? ¿Vamos a divertirnos ya, noble caballero?- dijo la moza.

-La verdad es que ya me he hartado de diversiones esta noche. Mas, si vos supiéseis curar mis heridas, os lo agradeceré.- contestó Eberhard.

-Mi madre era herborista y curandera, por casualidad. La ahogaron en un pozo no ha mucho tiempo, por bruja. Y yo, sola en este mundo, me hice meretriz, aunque bien conozco las artes que practicaba mi madre.-

-Entonces sois perfecta para mí esta noche.-

Tras estas pláticas, Eberhard se desprendió primero de la parte superior de su armadura y mostró un torso poderoso y muy musculado, plagado de cicatrices y de extraños tatuajes y símbolos esotéricos Templarios. Tenía los brazos, el pecho, el abdomen y la espalda llenos de cortes y cicatrices como de latigazos. Ni tantos tatuajes como tenía podían disimular aquellas viejas heridas de batallas.

-Recostáos en el catre, caballero. – ordenó la muchacha.

Eberhard al fin se tumbó, aunque llevaba los quijotes, grebas y todas las piezas inferiores de su armadura aún puestas. Ya se ocuparía de quitarlas más tarde, pensaba.

La chica salió un momento de la habitación y volvió un rato más tarde con unos ungüentos con los que curar la frente y la barbilla del caballero. Le quedarían dos pequeñas cicatrices, pero eso acentuaría más el atractivo que ya tenía, pensaba la muchacha. Y así, le curó las heridas y pasaron luego un buen rato charlando. Ella le contó su historia, la de su madre, cómo al principio era respetada como curandera, hasta que el obispo de Castrolavega la acusó de bruja y la ahogaron en el pozo. Le contó cómo tenía que ganarse la vida como prostituta para subsistir y cómo a veces, en secreto, ejercía de curandera y herborista.

Tras esto, la chica se inclinó sobre Eberhard y acarició el musculoso y tatuado torso lleno de cicatrices y le besó en los labios, cuando el Templario se levantó y le dijo que en realidad ella no tendría que hacer aquello esa noche.

-Harto habéis hecho con curar mis heridas y hablar conmigo. Podéis ir os place-

- Me place más seguir con vos y conoceros mejor, caballero. Hoy lo hago

por gusto. –dijo la chica mientras se desnudaba por completo.

- No sé si creeros. Mas yo haré igual que vos. – contestó Eberhard.

El Templario se desprendió de las piezas inferiores de su armadura y de sus pantalones y ropa interior y, desnudos ambos, se abrazaron y besaron. Tumbáronse en el catre de paja y así pasaron el resto de la noche, hasta las del alba.